

LAS GLORIAS DE MARÍA

**Primera parte:
EXPLICACIÓN DE LA SALVE REGINA**

**POR
SAN ALFONSO M.^o DE LIGORIO
Doctor de la Iglesia**

DECIMA EDICION

**TRADUCCIÓN DEL
P. RAMÓN GARCÍA
de la Compañía de Jesús**

Editorial APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

ISBN: 978-84-7770-332-7

- Depósito legal: GR 1-1997

Impreso en España - *Printed in Spain*

Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

NOTA DE LOS EDITORES

Razón tuvieron los ilustres jesuitas redactores de la «Civiltà Cattolica» en dejar en ella asentado que San Alfonso M.^o de Ligorio sobrepuja con gran ventaja a todos los escritores eclesiásticos de estos últimos siglos. (B. A. C.: OBRAS ASCÉTICAS DE SAN LIGORIO, pág. 4.)

Respecto a *Las Glorias de María*, decía el P. Stocchi, S. J. que no están escritas con palabras, sino con fuego; y el cardenal Deschamps, que despiden tanta luz y rebosan tal unción, que no es posible leer una sola de sus páginas sin sentirse hondamente conmovido. (Ibid., pág. 516.)

Pero lo que mejor puede demostrar la aceptación que esta obra ha tenido entre los amantes de la Virgen es la cantidad de ediciones que han sido precisas para atender su demanda.

Hasta ahora podemos contar con 111 ediciones italianas, 82 alemanas, 36 inglesas, 60 españolas,

328 francesas, 64 holandesas y 80 de otras diversas lenguas. (*Ibid.*, pág. 517.)

Y que la obra sigue en plena actualidad se demuestra por la reciente encuesta realizada entre los religiosos españoles sobre cuáles son los mejores libros, quedando *Las Glorias de María* en el segundo puesto, inmediatamente después del *Nuevo Testamento*.

ADVERTENCIA EDITORIAL

Preparando estábamos nuestra edición de LAS GLORIAS DE MARÍA cuando vino casualmente a nuestras manos la magnífica edición crítica italiana de dos hermosos volúmenes, impresa en Roma (*Via Merulana, 31*), 1936-1937. Muchas son las rectificaciones que la serena investigación de los beneméritos editores introducen respecto a la paternidad literaria de las obras, tan copiosamente alegadas por el santo Doctor. En adelante, no será posible seguir reproduciendo las citas de los autores en la forma inexacta en que se ha venido haciendo durante dos siglos.

Por eso, desde esta edición, hemos procurado, ante todo, no atribuir a ningún escritor texto alguno que, según la edición crítica, no le pertenezca. Cuando en ella se cita, verbigracia, a San Bernardo, sepa el lector que el texto es de San Bernardo, y no de otro escritor alguno. Esta lealtad creemos deber a la buena fe de nuestros lectores.

Pero es el caso que en la edición romana queda un buen número de escritos marianos o anónimos, o adjudicados a escritores más o menos oscuros de los siglos medios, cuyos nombres nada significan para el gran público, e intercalados en el texto recargarían pesadamente la lectura. En razón de aligerarla, el autor de la versión que publicamos, Padre Ramón García, suprimió no pocas repeticiones (el santo Doctor suele alegar los textos latinos y traducirlos más o menos libremente), y por la misma razón, omitió muchas autoridades que, a su juicio, poco o nada añadían, antes estorbaban la marcha desembarazada del pensamiento; creemos que, en general, con ventaja para la fácil lectura de esta obra incomparable, que si algo perdió en exactitud material, lo ganó, sin duda, en interés y popularidad.

Muy adelante llevábamos la pesada labor de resumir las citas y rectificaciones de la edición romana, cuando una reflexión vino a paralizar nuestra pluma: destinando nuestra modesta edición, no a teólogos que trabajan en grandes bibliotecas y pueden acudir a las fuentes, sino al gran público piadoso, que sólo aspira a beber en arroyo cristalino la verdadera devoción a la Madre de Dios, ¿no sería más bien un estorbo esta balumba de aparato crítico, al cabo harto parcial e incompleto? O todo o nada. Con esto decidimos suprimirlo totalmente, persuadidos que en ade-

lante cualquiera que pretenda investigar las fuentes de LAS GLORIAS DE MARÍA habrá de acudir a la edición romana.

Al principio de la nuestra reproducimos la *Súplica a Jesús y María* y la *Introducción* del autor, omitidas en ediciones anteriores; así como también las *Oraciones* que van después de la primera parte, pero hemos suprimido la segunda parte de la obra, porque creemos que la primera (la explicación de la *Salve Regina*) cumple el deseo que nos hemos propuesto de extender la devoción a la santísima Virgen en el pueblo sencillo.

Ardientemente deseamos que nuestra humilde edición vaya por el mundo privilegiadamente mariano de la hispanidad inflamando los corazones en el amor de la celestial Señora, por cuyo medio reciban de lleno las influencias del Corazón divino.

SUPLICA DEL AUTOR A JESUS Y A MARIA

Amantísimo Redentor mío y Señor Jesucristo: Sabiendo yo, miserable siervo vuestro, cuánto os complacéis con quien procura glorificar a vuestra santísima Madre, que tanto amáis y deseáis que sea amada y reverenciada de todos, he pensado dar a luz este libro que trata de sus GLORIAS. No sé, en verdad, a quién puedo recomendarlo mejor que a Vos, que tanto apreciáis la gloria de esta divina Madre. A Vos, pues, le dedico y recomiendo. Aceptad, Señor, este corto obsequio tributado al amor que os tengo a Vos y a vuestra amantísima Madre. Acogedlo bajo vuestro amparo, derramando sobre sus lectores la luz de la confianza y llamas de amor hacia esa Virgen inmaculada, en la que habéis colocado la esperanza y el refugio de todos los redimidos. Y en gracia de mi leve trabajo, concededme, os pido, aquel amor hacia María, que deseo ver encendido en el corazón de cuantos leyeren esta obra.

A Vos me dirijo también, oh dulcísima Señora

y Madre mía, María. Vos sabéis que, después de Jesús, en Vos he depositado toda mi esperanza de alcanzar la salud eterna; porque todos mis bienes, mi conversión, mi vocación de dejar el mundo, y las demás gracias que he recibido de Dios, reconozco que me han sido concedidas por vuestra intercesión. Vos sabéis, Señora, que, deseoso de excitar en los demás un amor conforme a vuestros merecimientos, y para daros alguna prueba de agradecimiento por los beneficios que me habéis hecho, he procurado ensalzar vuestro nombre en todo tiempo y lugar, pública y privadamente, insinuando a todos vuestra dulce y saludable devoción. Espero continuar practicándolo hasta el último momento de vida que me queda; pero conociendo que, por mi avanzada edad y quebrantada salud, se acerca el fin de mi peregrinación y mi entrada en la eternidad, por esto he pensado antes de morir dejar al mundo este libro, en el cual, continuando a ensalzaros, animaré a los demás a publicar vuestras glorias y la piadosa acogida que dispensáis a vuestros devotos. Confio, amantísima Reina mía, que esta pequeña ofrenda, muy leve comparada con vuestro mérito, será agradable a vuestro amabilísimo corazón, porque es ofrenda toda de amor. Tended, pues, sobre ella vuestra dulcísima mano con la que me habéis libertado del mundo y del infierno, y aceptadla y protegedla como cosa vuestra. Pero, Señora, por este pequeño obsequio también pido recompensa:

cífrase ésta en acrecentar de aquí en adelante mi amor hacia Vos; en inflamar con el mismo amor a todos aquellos en cuyas manos caiga este libro, avivándoles el deseo de amaros y de veros amada también de los demás, y de emplear todo fervor en publicar y promover cuanto puedan vuestras alabanzas y la confianza en vuestra poderosa intercesión. Así lo espero y así sea.

INTRODUCCIÓN

Amado lector y hermano en María: Ya que la devoción que me ha estimulado a escribir este libro, y te mueve a ti a leerlo, nos hace a ambos hijos felices de esta buena Madre; si por ventura oyeres decir que podía yo haber excusado este trabajo, habiendo ya tantos libros doctos y célebres que tratan de este asunto, respóndele, te ruego, con las palabras que dejó escritas el abad Francón en la Biblioteca de los Padres, a saber: que la alabanza de María es un manantial tan abundante que, cuanto más se dilata, tanto más se llena; y cuanto más se llena, tanto más se dilata: con lo cual viene a decir que esta Virgen bienaventurada es tan grande y sublime que, cuanto más la alaban, tanto más queda en que alabarla. De manera que, dice San Agustín, no bastan para alabarla cuanto Ella se merece todas las lenguas de los hombres, aun cuando todos sus miembros se convirtieran en lenguas.

No se me oculta el considerable número de

libros de todos tamaños que tratan de las glorias de María; considerando, empero, que o eran raros o voluminosos o no conformes a mi intento, por eso he procurado, de cuantos autores han llegado a mis manos, recopilar sucintamente, como lo he hecho en este libro, las sentencias más selectas y sustanciales de los Santos Padres y de los teólogos, a fin de facilitar a los devotos, con poco trabajo y gasto, el inflamarse, con su lectura, en el amor de María, y especialmente a fin de dar materia a los sacerdotes para promover con sus sermones la devoción hacia esta Madre divina.

En el mundo suelen los amantes hablar a menudo y alabar a las personas que son el objeto de su amor para que éste obtenga también alabanzas y aplausos de los demás. Sobrado escaso, pues, debe suponerse el amor de aquellos que se precian de amantes de María si anduvieren poco solícitos en hablar de Ella y en hacerla amar también de los demás. No lo hacen así los verdaderos amantes de esta amabilísima Señora, que, ansiosos de alabarla por todas partes, y verla amada de todo el mundo, por eso siempre que pueden, ya pública, ya privadamente, procuran encender en todos los corazones aquellas felices llamas de amor a su amantísima Reina de que ellos están abrasados.

Por lo demás, a fin de que quede persuadido

cada cual de lo mucho que interesa, tanto al bien público como al particular, promover la devoción de María es del caso atender a lo que sobre esto dicen los doctores. Dice San Buenaventura que cuantos se ocupan en publicar las glorias de María tienen asegurado el Cielo. Y lo confirma otro autor, diciendo que el honrar a esta Reina de los ángeles es lo mismo que granjear la vida eterna. Porque la agradecidísima Señora se empeñará en honrar en la otra vida al que se empeña en honrarla en ésta. Y ¿quién ignora la promesa que hizo María a los que cuidan de hacerla conocer y amar en este mundo? *Los que me dan a conocer a los demás obtendrán la vida eterna* (cuyas palabras del *Eclesiástico* le aplica la Iglesia en la festividad de su inmaculada Concepción). Regocijate, pues, dice el *SALTERIO MARIANO*, regocijate, alma mía, y alégrate alabando a María, porque muchos son los bienes que están preparados para los que la alaban. Y ya que en todas las divinas Escrituras, añadía, se habla en alabanza a María, procuremos con el corazón y con la lengua celebrar siempre a esta divina Madre, para que nos lleve algún día al reino de la bienaventuranza.

Refieren las revelaciones de Santa Brígida que acostumbrado el Beato Emingo, obispo, dar principio a sus sermones por las alabanzas de María, se apareció un día la misma Virgen a la Santa, y le dijo: Dile a aquel prelado que suele comenzar sus

sermones por mis alabanzas, que Yo quiero ser su Madre, y que presentaré su alma a Dios y tendrá buena muerte. Y de hecho murió en olor de santidad, orando y con una paz celestial. A otro religioso dominicano, que concluía sus sermones hablando de María, se le apareció también en la hora de la muerte, le defendió de los demonios, le confortó y se llevó consigo su alma dichosa. El devoto Tomás de Kempis nos presenta a María recomendando a su Hijo al que publica sus alabanzas, así: *Hijo, apiádate del alma del que te ama a Ti y me alaba a Mí.*

Y en cuanto a la utilidad de los pueblos, dice un discípulo de San Anselmo, que habiendo sido el sacro santo vientre de María la vía de salvación para los pecadores, es imposible que éstos no se conviertan y se salven con los sermones sobre las alabanzas de María. Y si es verdadera la sentencia, como por verdadera e indubitable la tengo, conforme probaré en el capítulo V de este libro, que todas las gracias sólo por mano de María se dispensan, y que todos los que se salvan no lo consiguen sino por la mediación de esta divina Madre, por necesaria consecuencia puede decirse, que de elogiar a María, y de la confianza en su intercesión, depende la salvación de todos. Sabemos que así San Bernardino de Sena santificó a Italia; y Santo Domingo convirtió muchas provincias. San Luis Bertrán en todos sus sermones

nunca dejaba de exhortar a la devoción de María, y así otros muchos.

El célebre misionero Padre Pablo Señeri *junior*, en todas sus misiones hacia siempre el sermón de la devoción a María, y a éste le llamaba su sermón predilecto. Y nosotros, en nuestras misiones, en las que tenemos por regla indefectible no omitir jamás el sermón en loor de nuestra Señora, podemos atestiguar que ningún sermón produce, por lo común, tanto provecho y compunción como el de la misericordia de María. Digo de la *misericordia de María*, porque, según San Bernardo, aunque alabemos su humildad y admiraremos su virginidad, como somos pobres pecadores, más nos atrae y agrada el oír hablar de su misericordia; porque ésta es la que abrazamos con más gusto, la recordamos más a menudo y con más frecuencia la invocamos.

Por eso en este libro, dejando para otros autores el describir las demás prerrogativas de María, me he propuesto tratar especialmente de su grande misericordia y de su poderosa intercesión; habiendo recopilado del modo que he podido, con el trabajo de muchos años, todo lo que los Santos Padres y los autores más célebres han dicho acerca de la misericordia y del poder de María. Y porque en la hermosísima oración de la *Salve*, aprobada tiempo ha por la misma Iglesia, y mandada rezar

la mayor parte del año por todo el clero regular y secular, se hallan maravillosamente descritos la misericordia y el poder de la Santísima Virgen, me he propuesto, en primer lugar, explicar en distintos capítulos esta oración. Y he creído complacer en gran manera a los devotos de María, añadiéndoles las *lecciones*, o llamémosles *discursos*, para sus fiestas principales, y sobre las *virtudes* de esta divina Madre; poniéndoles al fin la práctica de los *obsequios* más usados por sus siervos y que mayor aprobación de la Iglesia han merecido.(1)

Devoto lector: si por ventura te agrada esta obrita, como lo espero, ruégote me encomiendes a la Santísima Virgen, para que me infunda una grande confianza en su protección. Pide para mí esta gracia, que yo te prometo pedirla también para ti, sea el que fuere quien me haga esta caridad.

¡Dichoso el que se halla asido por el amor y con la confianza a estas dos áncoras de salvación!, digo, a Jesús y a María, porque ciertamente no se perderá. Digamos, pues, entrabmos de todo corazón, lector mío, con el devoto San Alonso Rodríguez: *¡Jesús y María, dulcísimos amores míos, padezca por vosotros, muera por vosotros; sea todo vuestro, nada mío!* Amemos a Jesús y a María y

(1) En esta edición se ha suprimido esta segunda parte de que habla el autor. Véase la Advertencia editorial.

santifiquémonos, pues es la mayor fortuna que podemos pretender y esperar.

Adiós, hasta que nos veamos un día en el Cielo a los pies de esta dulcísima Madre, y de este amantisimo Hijo, para alabarlos y darles gracias y amarlos juntamente, cara a cara, por toda la eternidad. Amén.

CAPITULO I

DIOS TE SALVE, REINA Y MADRE DE MISERICORDIA

1.^o – De la confianza que debemos tener en la Virgen, por ser Reina de misericordia.

Con justa razón venera la santa Iglesia a la Virgen María, exhortando a los fieles a invocarla bajo el título glorioso de REINA, por haber sido ensalzada a la dignidad de Madre del Rey de los reyes. Si el Hijo es Rey, justo título tiene también la Madre para llamarse Reina. Desde el instante en que dio su consentimiento para ser Madre del Verbo eterno, dice San Bernardino de Sena, mereció ser proclamada por Reina de todo lo criado. Si la carne de María no fue diversa de la de Jesús, ¿cómo puede la Madre ser ajena de la monarquía del Hijo? Así es que, entre ambas, la dignidad real no es común comoquiera, sino una misma. Y añade: Todas cuantas son las criaturas que sirven a Dios, otras, tantas deben igualmente servir a María, pues que estando los ángeles y los hombres, y todas las cosas, sujetos al imperio de Dios,

lo están, del mismo modo, al dominio de María. De aquí es que, hablando un piadoso autor con la soberana Señora, le dice, lleno de afecto: Seguid, Señora, disponiendo a vuestra voluntad de todos los bienes de vuestro santísimo Hijo, porque siendo Madre y Esposa del Rey del universo, pertenece a Vos, como Reina, el dominio de todas las criaturas.

Es REINA, pues, María. Pero nunca olvidemos, para nuestro consuelo, que es Reina dulce, Reina clemente, Reina siempre inclinada a favorecer a los miserables pecadores. Por esto quiere la santa Iglesia que la saludemos llamándola *Reina de misericordia*. El mismo nombre de Reina está diciendo piedad y clemencia, pues como observaron Séneca y San Alberto Magno, la magnificencia de los reyes consiste especialmente en aliviar y consolar a los infelices, causa por que distan entre sí tanto *tirano* y *rey*, pues el tirano se propone su propia utilidad, pero el rey debe tener por fin el bien de los vasallos. Y por eso a los reyes, cuando los consagran, les ungen la cabeza con aceite, símbolo de misericordia, para darles a entender que han de abrigar en el pecho, más que otra cosa, pensamientos de piedad y beneficencia.

Cierto es que los reyes no pueden desentenderse del justo castigo de los malhechores. Pero María no es Reina de justicia para castigar, sino

solamente de misericordia, siempre dispuesta para usarla con los pecadores, por lo cual la santa Iglesia quiere que la invoquemos con tan glorioso título. Considerando el canciller de París Juan Gerson aquellas palabras del Profeta Rey (*Ps. 61, 12*): *Dos cosas oí, y fueron: que en Dios hay potestad y misericordia*, dice que, consistiendo el gobierno de Dios en justicia y misericordia, le dividió, reservando para Sí la justicia y cediendo a su Madre la misericordia, para que todos los beneficios que se dispensen a los hombres pasen por sus manos virginales y Ella los reparta según quisiere.

Constituyó el Eterno Padre a Jesucristo Rey de justicia, haciéndole Juez universal, como cantó el Profeta (*Ps. 71, 2*): *Oh Dios, da tu juicio al Rey, y tu justicia al Hijo del Rey*; sobre cuyas palabras dice un docto intérprete: «Señor, a vuestro Hijo Rey disteis la justicia, y la misericordia a la Madre del Rey»; cuyo texto acomoda el SALTERIO MARIANO, diciendo acertadamente: «Señor, da tu juicio al Rey, y tu misericordia a la Madre del rey.» Por esta razón, el Real Profeta predijo que el mismo Dios había de consagrar a María, por decirlo así, como Reina de misericordia (*Ps. 44, 8*), *ungiéndola con óleo de alegría*, para que nosotros, miserables hijos de Adán, nos alegrásemos al considerar que tenemos en el Cielo a esta santísima Reina llena de unción, de piedad y misericordia.

¡Cuán bien se aplica a este propósito la historia de la reina Ester, figura de María! Leemos en el libro de Ester (c. 4) que, reinando Asuero, salió una orden que mandaba quitar la vida a todos los judíos cautivos en sus estados. Al instante acudió Mardoqueo a Ester, su sobrina, suplicándole con insistencia que se interpusiese con el rey para obtener la revocación de la sentencia. Ester lo rehusaba, temiendo indignar más el ánimo del rey; pero Mardoqueo replicó que *no pensase en salvarse a sí sola*, habiéndola Dios elevado al trono para bien de todos los judíos. Así dijo Mardoqueo a la reina Ester, y así podemos decir nosotros a nuestra Reina sacratísima, si es que alguna vez rehusase alcanzarnos el perdón de las penas justamente merecidas por nuestros pecados: Señora, no creáis que sólo para gloria vuestra os haya Dios ensalzado a la dignidad de Reina del mundo, sino para que, constituida en tan alto lugar, podáis mejor ampararnos y favorecernos. Luego que el rey Asuero vio a Ester en su presencia, le preguntó afablemente qué quería, y respondió la reina (7, 3): *Mi rey y señor, si he hallado gracia en tus ojos, dame a mi pueblo; esto es lo que pido.* Asuero accedió, mandando al instante revocar la sentencia. Ahora bien: si este rey, porque amaba a su esposa, le concedió la gracia, ¿cómo podrá Dios, amando infinitamente a María, dejar de oír los ruegos que le presente en favor de los pecadores que recurren a su patrocinio, cuando Ella le diga:

«Señor y Dios mío, si hallé gracia en tus ojos — y bien sabe que la halló, bien sabe que es la bendita, la bienaventurada, la única que halló la gracia perdida por el hombre; bien sabe que es la amada del Señor, y mucho más amada que todos los ángeles y santos juntos — ; si me amas, Señor, dame estos pecadores por quienes te ruego? ¿Es posible que Dios no escuche tan amorosas palabras? ¿Quién no sabe la eficacia que tienen los ruegos de su Madre? *Lex clementiae in lingua ejus* (Prov., 31, 26). Toda súplica suya es como una *ley* que Dios ha dado para que se use *de misericordia* con todos aquellos por quienes interceda. ¿Preguntas por qué la Iglesia la llama Reina de misericordia? «Para que sepamos, dice un piadoso autor, que Ella es la que abre los tesoros infinitos de la misericordia divina a quien quiere, cuando quiere y como quiere; tanto, que no hay pecador, por grande que sea, que se pueda perder si le protege María.»

Pero viéndonos tan pecadores, ¿se podrá temer que se desdeñe de interponerse en nuestro favor? O, siendo tanta su santidad y majestad, ¿esto nos ha de retrair acaso de echarnos a sus pies e implorar su poderoso valimiento? «De ninguna manera, dice San Gregorio; pues cuanto más santa es y en lugar más elevado está, tanto es más dulce y piadosa con los pecadores arrepentidos que recurran a su protección.» Aquella majestad

de que están rodeados los reyes de la tierra causa temor en los vasallos, y muchos no se atreven a estar en su presencia. «Pero, ¿qué temor, dice San Bernardo, puede nadie tener en presentarse a esta Reina de misericordia, cuando en ella nada hay que sea terrible y austero, sino que toda es dulzura y afabilidad? A todos se nos ofrece y da *leche* y *lana*; *leche* de misericordia, para animarnos a la confianza, y *lana* de refugio, para defendernos de los rayos de la ira divina.

Cuenta Suetonio que Tito, emperador no acertaba a negar cosa alguna de cuantas le pedían; antes bien, que a veces prometía mucho más, diciendo que el príncipe no es bien que despida descontento a nadie. Con todo, ni decía siempre la verdad, ni cumplía siempre sus promesas. Pero nuestra poderosísima Reina, que no puede mentir, tiene en sus manos in gotables tesoros que dispensar, y es de un corazón tan benigno, que no le sufre despedir a nadie, descontento de su presencia. ¿Ni cómo podríais, Señora, desechar a los miserables, siendo Vos la Reina de la misericordia? ¿Quiénes son los súbditos de la misericordia, sino los miserables? Pues siendo Vos la Reina de la misericordia, y yo el más infeliz de vuestros esclavos, se sigue que debéis tener más cuidado de mí que de todos los demás.

Usad, pues, de clemencia con nosotros, ¡oh

Reina de misericordia!, para que nos salvemos. No digáis: «No puedo», viendo la multitud de nuestros pecados, porque mayor que todos ellos es vuestro poder y la piedad de vuestro corazón. No hay cosa que pueda resistir a vuestro poder, porque el Criador, que os honra como Madre, estima como propia la gloria vuestra, siendo indudable que, si es infinita la obligación que tenéis para con vuestro Hijo, por la dignidad a que os elevó, también es grande la suya para con Vos, de quien recibió el ser humano; y por eso, ahora que gozáis de su gloria, os concede por especial honor todo cuanto le pedís.

¡Cuánta, pues, debe ser nuestra confianza en esta dulcísima Reina, sabiendo lo que puede con Dios y la abundancia de su misericordia! No hay persona en la tierra que no participe de sus favores. Así lo reveló a Santa Brígida la misma Virgen, diciendo: «Yo soy la Reina del Cielo, Madre de misericordia, alegría de los justos y puerta de salvación para los pecadores; ni vive en la tierra pecador alguno tan infeliz que esté del todo privado de mi bondad y misericordia, porque, los que menos, logran por mi intercesión no ser molestados de tentaciones, como sin mi favor lo serían. Nadie, sino el que ya es maldito — se entiende con la maldición final e irremediable de los condenados —, se ve tan desechado por Dios que, si me invoca, no encuentre propicia mi propensa

misericordia. Todos me llaman Madre de misericordia, y verdaderamente, lo que usa Dios con los hombres hace que Yo también sea con ellos tan misericordiosa como soy. Por lo mismo, el que pudiendo acudir a Mí, no lo haga, será infeliz en esta vida, y en la otra lo será para siempre.»

Acudamos, pues, acudamos siempre todos a los pies de esta Reina dulcísima, si queremos salvarnos con seguridad; y cuando la multitud de nuestros pecados nos desaliente, acordémonos que fue elegida *Reina de misericordia* para salvar con su protección poderosa a los pecadores, por grandes que sean, que acudan a Ella. Estos han de ser en el Cielo su corona, como se lo prometió en los Cantares su divino Esposo (4, 8): *Ven del Libano, Esposa mía; ven del Libano, ven, y serás coronada... de las cuevas de los leones, de los montes de los leopardos.* Y éstos, ¿quiénes son sino los pecadores, cuyas almas se hacen, por el pecado, cuevas de monstruos espantosos? Pues estos mismos, Reina soberana, salvos por vuestro medio, os han de servir en el Cielo de diadema de gloria, porque su salvación será corona vuestra, corona propia, corona digna de la Reina de misericordia.

Aquí viene bien el siguiente

EJEMPLO.

Maria la pecadora, convertida en la hora de la muerte.

Se cuenta en la *Vida* de Sor Catalina de San Agustín que en el pueblo donde moraba había también una mujer llamada María, que habiendo sido escandalosa en la juventud, no era mejor siendo ya vieja, por lo cual la echaron del pueblo y se refugió en una cueva, donde al cabo murió medio podrida, sin sacramentos y abandonada de todo el mundo, y así, la enterraron en el campo como a una bestia. Sor Catalina, aunque acostumbrada a encomendar a Dios muy de veras las almas de todas las personas que allí morían, habiendo sabido la desgraciada muerte de la vieja, no pensó en pedir por ella, teniéndola, como ya todos la tenían, por condenada. Al cabo de cuatro años se le aparece de pronto un alma en pena, que le dice: «Catalina, ¿he de tener yo tan mala suerte? Tú encomiendas a Dios a todos los que mueren aquí, y sólo de mi alma no tienes compasión.» «¿Quién eres?», le preguntó la sierva de Dios. «Soy María, la que murió en la cueva.» «¡Cómo!, ¿tú en carrera de salvación?» «Sí — volvió a decir el alma —, lo estoy gracias a la misericordia de la Reina del Cielo. Oye cómo fue. Cuando ya vi cerca la muerte, mirándome tan abandonada y llena de pecados, volví los ojos a la Madre de Dios, diciendo: Señora, no hay quien me valga en

este último trance; pero Vos acogéis a todos los desamparados, Vos sois mi única esperanza, Vos sola me podéis ayudar; tened compasión de mí. No se hizo sorda la Virgen sacratísima; me alcanzó de Dios la gracia de hacer un acto de verdadera contrición, morí entonces, y así me salvé. Ahora, en el purgatorio, me ha obtenido también el favor de que se me abrevie la pena, haciendo que sufra con más intensión lo que hubiera tenido que padecer por muchos años, y sólo me falta que se celebren algunas misas por mi alma, las cuales te pido que me mandes decir, y yo te prometo rogar siempre en el Cielo por ti a Dios y a su santísima Madre.» Cuidó Sor Catalina que al instante se aplicasen las misas, y a los pocos días se le volvió a aparecer el alma más resplandeciente que el sol, dándole gracias por el beneficio, y diciendo que iba a la gloria a cantar para siempre las misericordias del Señor y a rogar por ella.

ORACIÓN.

Aquí me tenéis, Señora, delante de Vos, como un pobre andrajoso y lleno de llagas en presencia de una Reina poderosa; aquí estoy delante de la Reina del Cielo y de la tierra. Desde ese trono tan elevado no os desdeñéis de volver a este miserable pecador vuestros ojos misericordiosos. Dios os colmó de tantas riquezas para que socorráis a los pobres, y os hizo Reina de misericordia para que amparéis a los miserables. Miradme, pues, y compadeceos de mí. Miradme, y no me dejéis hasta mudarme enteramente de pecador en justo. Bien conozco ser indigno de todo favor, y aun merezco ser privado, por mis ingratitudes, de todos los beneficios que por vuestro medio he recibido de la mano divina;

pero Vos, como Reina que sois de la misericordia, no buscáis méritos, sino miserias para remediarlas. Pues ¿dónde habrá en el mundo otro más necesitado que yo?

¡Oh Virgen excelsa! Siendo Vos la Reina de todo el universo, sois también Reina mía, por lo cual me ofrezco a serviros con más empeño que hasta aquí, para que en todas las cosas dispongáis de mí según fuere vuestro mejor agrado; y así os diré con San Buenaventura: Regidme y gobernadme, Señora; regidme, y nunca me dejéis a mi discreción. Mandad y decir lo que tengo que hacer, y si falto alguna vez, castigadme como queráis, porque para mí será muy saludable cualquier castigo que venga de vuestra piadosa mano. En más estimo ser vuestro esclavo que señor de toda la tierra: *tuus sun ego, salvum me fac*. Recibidme, Virgen soberana, como cosa vuestra, y cuidad continuamente de mi salvación. Ya no quiero ser mío, todo me entrego a Vos. Si hasta ahora, por mi desgracia, os he servido mal, si he dejado perder tantas ocasiones en que pude agradaros, propongo ser en adelante uno de vuestros siervos más leales. No, no quiero ya que ninguno me aventaje en amaros y serviros, ¡oh Reina mía amabilísima! Así os lo prometo, y así espero cumplirlo con vuestro auxilio poderoso. Amén.

2.^o — Que debemos tener aún mayor confianza en la Virgen María, por ser nuestra Madre.

No en vano llaman sus devotos **MADRE** a la santísima Virgen María, ni parece que aciertan a invocarla de otra manera, sin cansarse nunca de darle tan dulce nombre. Madre, sí, porque verdaderamente lo es, no carnal, sino espiritual, de nuestras almas, para conseguirnos, con amor de Madre, la eterna salvación.

Cuando por el pecado perdimos la gracia divina, fue perder la vida del alma: estábamos muertos miserablemente; vino al mundo nuestro

divino Redentor, y muriendo en cruz, con exceso grande de misericordia y amor, nos recobró la vida que habíamos perdido, según Él mismo aseguró (*Jn.*, 10, 10): *Vine para que tengan vida y más abundante*. Más abundante, porque dicen los teólogos que fue más el bien que Jesucristo nos trajo con la redención que el mal que Adán nos había causado con la desobediencia. De este modo, el Señor, reconciliándonos con Dios, se hizo *Padre de nuestras almas en la nueva ley*, conforme a la predicción del Profeta Isaías (9, 6). Pero si Jesús es Padre de nuestras almas, María es Madre; porque, habiéndonos dado a Jesús, nos dio la verdadera vida, y habiéndole ofrecido en el monte Calvario por nuestra salvación, fue como darnos a la luz, o hacernos nacer a la vida de la gracia.

Dos veces, pues, se hizo nuestra Madre espiritual, dicen los Santos Padres: la primera fue cuando mereció concebir en sus purísimas entrañas al Hijo de Dios, pues al dar para ello su consentimiento, empezó a pedir con afecto ardentísimo nuestra salvación, y se dedicó de tal suerte a procurárnosla, que desde entonces nos llevó en su seno como amorosísima Madre. Refiriendo San Lucas (2, 7) el nacimiento del Señor, dice que María *dio a luz a su hijo primogénito*. Luego si fue su primogénito, se debe inferir, añade San Alberto Magno, que tuvo después más hijos. Pues siendo artículo de fe que hijo carnal no tuvo

ninguno, fuera de Jesús, se sigue claramente que los demás fueron hijos espirituales, y éstos somos todos nosotros. Lo mismo reveló el Señor a Santa Gertrudis, la cual, leyendo un día en el Evangelio aquellas palabras, quedó confusa, sin alcanzar cómo podía ser que, no habiendo tenido la Virgen más Hijo que a Jesús, allí se dijese que fue su *primogénito*. Dios le explicó que Jesucristo había sido primogénito de María según la carne, y los demás hombres los segundos hijos según el espíritu.

Así también se entiende lo que se dice de María en los Cantares (7, 2): *Tu vientre es como un montón de trigo cercado de azucenas*. Lugar que explica San Ambrosio diciendo que, aunque en el seno purísimo de María hubo solamente un grano, que fue Jesucristo, no obstante, se le llama *montón*, porque en aquel grano estaban encerrados todos los escogidos, de los cuales María había de ser Madre. Y por esta razón, al dar a luz al Salvador del mundo, nos dio también a todos la vida y la salud.

La segunda fue cuando en el monte Calvario ofreció, con gran dolor de su corazón, el Eterno Padre, la vida de su Hijo por nuestra salvación; y así, dice San Agustín que, habiendo entonces cooperado con tanto amor a que los fieles nacieran a la vida de la gracia, se hizo igualmente

Madre espiritual de todos nosotros, que somos miembros de Jesucristo, nuestra cabeza; y es precisamente lo que testifica en los Cantares (1, 5) la misma bienaventurada Virgen: *Me puso a guardar sus viñas; pero la mía no la guardé*. Para salvar nuestras almas, sacrificó la vida de su dulcísimo Hijo. Porque, ¿cuál es el alma de María? ¿Quién es su vida y su amor, sino Jesucristo? Que por eso le anunció Simeón (*Lc.*, 2, 35) que había de llegar un día en que su pecho se viese *traspasado con cuchillo de gran dolor*, como lo fue la lanza que abrió el costado de Jesús, donde vivía *el alma* de la Madre. Entonces fue cuando, con sus dolores, nos dio la vida, y vida eterna; y así podemos todos llamarnos justamente *hijos de sus dolores*. Siempre estuvo esta Madre amorosa conforme en todo con la divina voluntad, y de aquí reflexiona San Buenaventura que, viendo el infinito amor del Padre para con los hombres en querer que su Hijo amantísimo muriese por ellos, y el del mismo Hijo en aceptar la muerte, dio también su consentimiento, uniéndose con rendida y entera voluntad al beneplácito divino por la salud del hombre. Es verdad que en el negocio importante de nuestra salvación quiso el Señor ser solo, como dice Isaías (63, 3): *Yo solo pisé el lagar*. Mas viendo el deseo ardentísimo que tenía también su piadosa Madre del humano remedio, dispuso que con el sacrificio y oferta de su mismo Hijo cooperase a nuestra salvación, y así viniese a ser Madre de nuestras

almas. Esto es lo que nuestro Salvador significó cuando, poco antes de expirar, mirándola desde lo alto de la cruz, y mirando al discípulo amado, dijo a María (*Jn.*, 19, 26): *Ese es tu hijo*; como si le dijese: Ves ahí el hombre que, en virtud del ofrecimiento que por su salvación haces de mi vida, ya nace a la vida de la gracia; y dirigiéndose después al discípulo, añadió: *Esa es tu Madre*, con cuyas palabras, dice San Bernardino de Sena, quedó constituida por Madre, no sólo de San Juan, sino también de todos los hombres, a quien tanto amó; siendo por esto muy de advertir, añade el Padre Silveira, que el Evangelio no pone el nombre de Juan, sino *el discípulo*, para dar a entender que el Salvador la dio por Madre a todos los que por la profesión de cristianos son discípulos suyos.

Yo soy la Madre del Amor Hermoso (*Eccli.*, 24, 24), dice María; porque su amor, al mismo tiempo que hace a las almas hermosas a los ojos de Dios, le estimula a recibirnos por hijos como amorosa Madre. ¿Y qué madre ama tanto a los suyos? ¿Qué madre mira por ello con tanta solicitud como Vos lo hacéis, Reina y Madre dulcísima?

¡Felices los que viven bajo la protección de Madre tan amante y poderosa! El Profeta David, aunque en su tiempo no hubiese aún nacido María, ya se daba por hijo suyo, y esto alegaba a Dios para que le salvase, diciendo (*Ps.*, 85, 16): *Salva,*

Señor, al hijo de tu esclava. «¿De qué esclava?», pregunta San Agustín. De la que dijo al ángel: «Aquí está la esclava del Señor.» Y añade San Roberto Belarmino: «¿Quién tendrá la osadía de arrancar a sus hijos de aquel seno maternal, habiéndose refugiado ellos allí para librarse de los golpes de sus enemigos? ¿Qué furia infernal, o qué pasión, por violenta que sea, podrá nunca vencer a los que han puesto toda su confianza en el patrocinio de esta gran Madre?»

Cuentan de la ballena que, si por la furia de alguna tempestad, o por temor de los pescadores, ve a sus hijos en riesgo, abre la boca y los guarda dentro del seno mientras pasa el peligro. A este modo, nuestra dulce Madre, cuando ve a sus hijos expuestos al furor de las borrascas que levantan las tentaciones, ¿qué hace? Movida de su grande amor, los esconde dentro de sus entrañas, y allí los tiene y protege hasta colocarlos en el puerto de la gloria eterna. ¡Oh Madre amantísima!, ¡oh Madre piadosísima! ¡Bendita seáis para siempre, y bendito sea el Señor, que os dio a nosotros por Madre y seguro refugio de todos los peligros de esta vida!

Reveló la misma Virgen a Santa Brígida que, a la manera como una madre viese a sus hijos entre las espadas del enemigo, haría todos los esfuerzos posibles por librarlos, así, dice, lo hago y haré yo por los míos, por más pecadores que sean, siempre

que recurran ellos a mí. Fiémonos, pues, en su palabra, seguros de que en todas las luchas que sostengamos con los enemigos infernales saldremos vencedores, con sólo acudir invocándola y repitiendo: «Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios.» ¡Oh, cuántas victorias han alcanzado del infierno los fieles con esta breve pero eficacísima oración! ¡Así vencía siempre a los demonios una gran sierva de Dios del Orden de San Benito!

Alegraos, pues, los que sois hijos de María, y alegrémonos todos, sabiendo que adopta benignamente por hijos a cuantos lo quieren ser. Alegraos, y no temáis perderos, pues con todo su poder os defiende y protege vuestra Madre poderosísima. Si la amáis de todo corazón, si ponéis en Ella vuestra confianza, bien podéis cobrar ánimo y decir con San Buenaventura: ¿Qué temes, alma mía? La causa de tu salvación no se puede perder, porque la sentencia está en manos de Jesús, que es hermano tuyo, y de María, que es tu querida Madre. Con este mismo pensamiento, que alegra tanto a los corazones, nos exhorta San Anselmo a la confianza: La Madre de Dios es mi Madre; ¿con cuánta seguridad no debo esperar, pues mi salvación depende de mi buen Hermano Jesús y de mi piadosa Madre María? Oigamos, pues, las voces de nuestra Madre, que, como a niños tiernos, amorosamente nos llama (*Prov., 9, 4*): *Si quis*

est parvulus, veniat ad me. Los niños tienen siempre en la boca la palabra «madre», y a cualquier susto o peligro claman al momento: «¡Madre, madre!» ¡Oh Madre amorosísima! Esto es lo que Vos deseáis: que cual niño os llamemos y corramos a Vos, porque ciertamente queréis favorecernos y salvarnos, como lo habéis hecho siempre con todos vuestros hijos.

EJEMPLO.

Conversión y santa muerte de un protestante.

Se cuenta en la historia de la fundación de la Compañía de Jesús en el reino de Nápoles que hubo un joven escocés llamado Guillermo, parente del rey Jacobo, nacido y criado en la herejía, el cual, ilustrado con los rayos de la divina luz, que le iba descubriendo sus errores, vino a Francia, donde por los consejos de un Padre de la Compañía, y mucho más por la intercesión de la Virgen nuestra Señora, conoció, al fin, la verdad, abjuró los errores y se convirtió a la fe. Pasó de allí a Roma, donde, hallándole un día muy afligido y lloroso un amigo suyo, y preguntándole la causa, respondió que se le había aparecido la noche antes su madre difunta y condenada, diciéndole: «Hijo, dichoso tú que has entrado en el seno de la verdadera Iglesia; yo estoy condenada por haber muerto en la herejía.» De resultas de esta triste visión

comenzó a enfervorizarse en la devoción de la Virgen Santísima, eligiéndola desde entonces por única Madre, la cual le inspiró el deseo de entrar en religión, y el joven hizo de ello un voto. Habiendo caído enfermo, fue a Nápoles a mudar de aires, y allí murió, pero ya religioso, porque desahuciado a poco de llegar, fueron tantos sus ruegos y lágrimas, que al fin los superiores le recibieron, y delante del Santísimo Sacramento, cuando le llevaron el Señor por viático, hizo los votos religiosos y quedó agregado a la Compañía. Después de lo cual enternecía los corazones de todos con los devotísimos afectos con que, sin cesar, daba gracias a la sacratísima Virgen de haberle sacado de las tinieblas de la herejía y traídole a morir en el seno de la Iglesia y de la religión, entre los brazos de sus hermanos, y así exclamaba: «¡Oh, qué gloria es morir en medio de estos ángeles!» Le exhortaban a que no se fatigase, pero respondía: «No, ya no es tiempo de reposar, que está cerca mi fin.» Poco antes de expirar dijo: «Hermanos míos, ¿no veis aquí a los ángeles del Cielo, que me asisten?» Y preguntándole uno de aquellos religiosos qué era lo que estaba diciendo entre dientes, le respondió que el ángel de la guarda le acababa de revelar que estaría muy poco en el purgatorio, y que al instante volaría su alma al Cielo. Empezó de nuevo a tratar dulces coloquios con la Reina de los ángeles, y diciendo dos veces: «Madre, Madre», como un niño que se echa a dormir en los brazos de su

querida madre, expiró plácidamente. Y de allí a poco supo un devoto religioso, por revelación, que estaba ya en la gloria.

ORACIÓN.

¡Oh Madre santísima! ¿Cómo es posible que teniendo una Madre tan santa sea yo tan pecador?, ¿una Madre abrasada en el amor divino, y amo yo tan locamente a las criaturas?, ¿una Madre riquísima en virtudes, y me vea yo tan pobre y desnudo de todas ellas? Verdaderamente, Señora, no soy digno de llamarme hijo vuestro, y así me tendrá por feliz en que siquiera me contéis como el menor de vuestros esclavos, que por sólo ese título renunciaría gustoso todos los reinos de la tierra. No me privéis de la dicha de poder, a lo menos, deciros Madre. Este nombre dulcísimo me llena de tanta confianza, que, aunque, por otra parte, me aterran mis pecados y el rigor de la divina justicia, me conforta y alienta el pensar que sois Madre mía. Permitidme, pues, que os llame Madre, y Madre amabilísima. Así quiero llamaros, y así os llamaré siempre. Después de Dios habéis de ser toda mi esperanza, refugio y amor, mientras viva en este valle de lágrimas, y cuando llegue la hora de mi muerte, pondré mi alma en vuestras manos benditísimas, diciendo con toda seguridad: Madre mía, Madre mía, vuestro soy; amparadme y tened misericordia de mí. Amén.

3.^o — *Del grande amor que nuestra Madre nos tiene.*

Si, pues, María es nuestra Madre, consideremos ahora cuánto es el amor que nos profesa. No pueden dejar los padres de amar a sus hijos; razón por la que, habiendo impuesto la divina Ley, como reflexiona Santo Tomás, obligación estrecha de amar a los padres, para éstos no hay mandamiento escrito, por estar impreso en la misma

naturaleza tan fuertemente como aun en las fieras se ve, dice San Ambrosio. Y así, refieren las historias que ha habido casos en que, oyendo los tigres rugir a sus hijos, han ido nadando hasta la nave donde los llevaban. Pues si aun los tigres hacen esta demostración, ¿cómo podrá olvidar a sus hijos una Madre que tiene el corazón tan tierno y amoroso? *¿Puede la mujer olvidarse del hijo que salió de sus entrañas? Pues dado por imposible que alguna madre se olvidase del suyo*, dice María: *Yo jamás me olvidaré de ti* (Is., 49, 15).

María es nuestra Madre, no según la carne, como antes dijimos, sino Madre por amor: *Yo soy la Madre del Amor Hermoso* (Prov., 24, 24). Por amor se hizo Madre nuestra, y de ello se gloria, siendo tanto el que nos tiene, aunque sin merecerlo, que no lo alcanza la imaginación, y tan ardiente, que deseó con vivas ansias morir por nosotros juntamente con su Hijo santísimo, immolada en el ara de la cruz a manos de los verdugos. «*Colgado estaba el Hijo de la cruz, y la Madre se ofrecía a los verdugos por nosotros.*»

Pero consideremos los motivos que tiene para amarnos, a así vendremos mejor en conocimiento de la grandeza de su amor.

1. El primero nace del que tiene a Dios. Porque el amor a Dios y al prójimo están enlaza-

dos y contenidos en un mismo precepto, como enseña el evangelista San Juan (*I Jn.*, 4, 21); de manera, que, a medida que el uno crece, crece también el otro. Por esta causa, los Santos, como amaban tanto a Dios, ¿qué no hicieron por amor del hombre? Exponer y aun perder la libertad y la vida por la salvación de cualquiera. Sabemos los trabajos que pasó en las Indias San Francisco Javier, donde a veces, buscando las almas, se encaramaba por las breñas, entre mil peligros, hasta encontrar a los miserables en las cavernas, donde habitaban como fieras, y traerlos al conocimiento del verdadero Dios. Sabemos lo que hizo por convertir a los herejes de la provincia de Chablais San Francisco de Sales, que durante un año estuvo cada día atravesando el río, por cima de un madero cubierto de hielo, con el peligro que se deja entender. Sabemos que San Paulino se vendió como un esclavo por rescatar al hijo de una pobre viuda. Sabemos que San Fidel dio gustoso la vida predicando en otra parte a los herejes para ganarlos a Dios. Y así todos los santos, como tenían tan grande amor de Dios, hicieron por el prójimo cosas heroicas y admirables.

Ahora bien: ¿quién hubo que amase a Dios más que María? ¿Qué digo más, si en el primer instante de su ser excedía ya con mucho en el amor al de todos los Santos y ángeles juntos en todo el discurso de su vida? (Esto después lo

probaremos detenidamente.) Reveló la misma Virgen a una ferviente religiosa que era tan grande su amor para con Dios, que con él se pudieran abrasar y consumir los cielos y la tierra, siendo en su comparación como un hielo todo el amor de los serafines. Por este motivo, así como ni entre los espíritus bienaventurados hay quien más ame a Dios que María, así tampoco podemos tener nosotros quien más nos ame, siendo tan ardiente su amor, que si en un pecho se acumulase todo el de los padres y esposos, y también el de todos los Santos a sus devotos, no llegaría ni de lejos al que la Virgen sacratísima tiene a cualquier alma. Confirmando esta verdad, escribe el P. Nieremberg que, en la misma comparación, todo el amor de las madres para con sus hijos es una sombra, pues que la Virgen nos ama sola más que todos los ángeles y santos juntos.

2. Además, nos ama tan ardientemente nuestra Señora porque Jesús, antes de expirar, nos encomendó a su maternal Corazón, como hijos, en la persona de San Juan (*Jn.*, 19, 26) *Mujer, ése es tu hijo;* que fue la postrera palabra dicha a su afligida Madre. Los últimos recuerdos que nos dejan a la hora de la muerte las personas a quienes mucho amamos, son los que más se estiman y más impresos quedan en la memoria.

3. Además, nos ama tanto porque fue mucho

lo que le costamos, como sucede a todas las madres, que aman comúnmente más a los hijos cuya vida les costó más trabajo y dolor. Mas nosotros somos aquellos hijos por los cuales sufrió la pena indecible de ofrecer la vida de su amantísimo Jesús, y la de verle morir al rigor de los tormentos, con cuya oferta nos alcanzó la vida de la gracia. Así, pues, somos hijos suyos, y muy queridos, porque fue mucho lo que le costamos. Y si el amor del Eterno Padre para con el mundo llegó a tal extremo que por él entregó a la muerte a su unigénito Hijo (*Jn.*, 3, 16), de María también se puede decir: de tal modo nos amó María, que nos dio a su unigénito Hijo. Mas Ella, ¿cuándo lo entregó? Cuando, como dice el Padre Nieremberg, le dio licencia para ir a padecer; cuando, de todos los demás abandonado, por odio o por temor, hubiera podido defenderle delante de los jueces, y no lo hizo. Que bien es creíble que las palabras de una Madre tan amante y discreta hubieran bastado a inclinar en su favor el ánimo de aquellos hombres, especialmente de Pilato, que conoció y confesó públicamente la inocencia de Jesús; pero la Madre no despegó sus labios por no impedir la muerte del que pendía la redención del mundo. Finalmente, le entregó mil veces al pie de la cruz, porque durante tres horas de agonía no cesó de ofrecer la vida de su querido Hijo por nuestro remedio, con sumo dolor, pero también con tal resolución y constancia, que San Antonino llegó a

decir (¡cosa que pasma!) que por sí misma le hubiera inmolado, a ser así la voluntad expresa del Eterno Padre. Porque si la fortaleza de Abraham fue tan grande, que iba ya a sacrificar a su hijo por cumplir el divino mandato, mucho más santa y obediente que Abraham fue María. ¡Oh, qué agradecidos debemos estar a su excesivo amor! ¿Con qué se puede pagar una fineza semejante? Dios no dejó sin premio la obediencia del gran Patriarca; mas nosotros, ¿qué podíamos retribuir a la Madre por la vida de aquel Hijo incomparablemente más amado y excelente que Isaac? Muy obligados nos tenéis, Señora, dice San Buenaventura, pues que nadie nos amó jamás tanto, habiendo ofrecido tan a costa vuestra, por nuestro bien, al Hijo a quien amabais más que a la propia vida.

4. De aquí nace otra de las razones de su amor, y es el ver que fuimos comprados con el precio de la sangre de Jesucristo. ¡Cuánto estimaría una madre a un cautivo rescatado por un hijo suyo a costa de veinte años de cárceles y trabajos! Mucho más nos aprecia María, que sabe muy bien que sólo por rescatarnos con su vida vino al mundo nuestro divino Redentor, según Él mismo lo dijo (*Lc.*, 19, 10): *Yo vine a salvar lo que había perecido*; y para salvarlo tuvo a bien entregar la propia vida. Por lo cual, si esta Señora nos amase poco, no sería mostrar toda la estimación

debida a tan preciosa sangre. Santa Isabel de Hungría, terciaria franciscana, tuvo revelación de que la Virgen, desde el día que se consagró a Dios en el templo, no cesó de pedir por nosotros, solicitando con instancia la pronta venida del Mesías. Pues ¿cuánto más debemos creer que nos ame ahora, después de vernos tan estimados y ya redimidos a tanta costa por su Hijo amantísimo?

Y como todos lo fuimos igualmente, no excluye a ninguno de su amor, ni a nadie deja de favorecer. *Vestida del sol la vio San Juan* (Apoc., 12, 1), porque así como *no hay en la tierra cosa que pueda esconderse del calor del astro* (Ps., 18, 7), así no hay viviente privado del calor de María, esto es, de su amor. ¿Quién podrá comprender el cuidado que tiene de todos, siendo Madre tan amorosa? A todos, dice San Antonino, nos ofrece y dispensa su misericordia inagotable; a todos nos deseó la salvación eterna, cooperando eficazmente para que la alcanzásemos. Por esto es utilísima la práctica de algunos devotos, los cuales, como atestigua el jesuita Padre Salazar, tienen la costumbre de decir a Dios en sus oraciones: «Señor, dadme lo que pide por mí la santísima Virgen María»; y hacen bien en ello, dice el mismo autor, pues que nuestra Madre nos desea beneficios mucho mayores que los que nosotros podemos desear; y por igual razón le aplica San Alberto Magno aquellas palabras de la Sabiduría (6, 14):

Praeoccupat qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat. Se anticipa y viene a buscar aun a los que no la buscan. Antes de llamarla ya está allí.

Pues si es tan benigna aun con los ingratos e indolentes, que la aman poco, y no se cuidan de acudir a Ella, ¿cuál será su amor para con los que fervientemente la aman y de continuo la invocan? *Fácilmente se deja ver de los que la aman* (*Sap.*, 6, 13). ¡Qué dulzura para nosotros hallarla tan llena de piedad y amor! *No puede dejar de amar viéndose amada* (*Prov.*, 8, 17), mayormente a los que corresponden a su amor con mayor ternura; que bien conoce los que son, bien sabe distinguirlos entre los demás, llegando hasta presentarse a servir a los que le sirven, en expresión de un sabio religioso. Hallábase próximo a la muerte, como cuenta la Crónica, Leonardo, de la Sagrada Orden de Predicadores, el cual había tenido la práctica de invocarla doscientas veces al día. De pronto, ve a su lado a una Reina hermosísima, que le dice: «Leonardo. ¿quieres venir conmigo donde mi Hijo está?» «¿Quién sois Vos?», preguntó el religioso. «La Madre de misericordia — respondió la Virgen —, y pues que tantas veces me has llamado, ahora vengo por ti; vente conmigo al Cielo.» En esto expiró el religioso, dejando prendas tan envidiables de salvación.

¡Oh dulcísima Reina! ¡Felices los que os

aman! Decía San Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús: «Si amo a María, puedo estar seguro de la perseverancia, y todo cuanto quiera lo alcanzaré de Dios.» Por todo esto, el devotísimo joven no se cansaba nunca de repetir: «Quiero amar a María.» Mas, aunque sus devotos la amen cuanto alcancen sus fuerzas, María los ama mucho más. Ámenla tanto como San Estanislao de Kostka, cuyo amor era tan ferviente, que en empezando a hablar de la Virgen comunicaba su fervor a todos los presentes; tan ingenioso, que siempre estaba inventando nuevos nombres y títulos con que venerarla; tan continuo, que no empezaba ninguna cosa sin pedirle antes su bendición; tan afectuoso, que cuando rezaba su Oficio o el santo Rosario, u otras oraciones, parecía que la estaba viendo; tan tierno, que de sólo oír cantar la Salve se le inflamaba el pecho y el semblante; tan filial, que si le preguntaban que si le amaba mucho, respondía: «¿Cómo no la he de amar, si es mi Madre?», acompañando estas expresiones con aspecto y semblante de ángel. — Ámenla tanto como el Beato Hermán, que le decía su amada esposa, con cuyo dulce nombre le había honrado la misma soberana Señora. — Tanto como San Felipe Neri, que sólo de pensar en Ella se llenaba su alma de consuelo, llamándola su delicia. — Tanto como San Buenaventura, que le decía, no sólo Madre y Señora, sino su corazón y su alma. — Ámenla tanto como aquel su finísimo